

Fabio Morábito

La cueva de dos entradas

¿Qué implica vivir en una cueva con dos aberturas? Implica inseguridad, ya que alguien nos puede sorprender por la espalda, pero también supone una salida de emergencia en el caso de ataque desde el exterior. Inseguridad, pues, pero también alivio. Como sea, parece haber algo de pasajero en una cueva de doble entrada. La que nos ocupa en este momento es justamente un lugar de pasaje, cuando menos del pasaje del viento; la brisa mantiene fresca la cueva en el verano, disipa el bochorno e invita al sueño; en invierno, el sol calienta las dos entradas. Es probable que al recibir la luz por dos partes goce de una iluminación bastante difusa. No es una cueva que se adentra en la tierra, una cueva húmeda y negra, sino una cueva aireada, situada a media altura, en una meseta, a los pies de un peñón. No es misteriosa, pero sí poco visible:

-¿Hacia arriba?, ¿hacia abajo? No la descubro.

-Ahí arriba, y no hay ruido alguno de pasos.

Siendo además una cueva que es fresca en verano y caliente en invierno, puede decirse que tiene una temperatura uniforme, que no presenta variaciones climáticas, es una cueva neutra, una suspensión de la naturaleza, un paréntesis.

En esta cueva vive un enfermo que desde hace diez años tiene una herida en la pierna que no cicatriza y de la que brotan constantemente sangre y pus. Es una herida que no puede cerrar, como la cueva. La cueva, como el hombre, es una cueva coja, no tiene un apoyo seguro, es traspasable de lado a lado, no opone

obstáculos a la circulación de los elementos, y el hombre, como ella, no puede frenar la circulación del mal en su organismo. Cada tanto el pus emerge, el ataque de dolor es insoportable y el hombre se desmaya. A este hombre le falta resistencia, le falta un clima, parece el dócil instrumento de su propia herida, el terreno para que esa herida perdure. Como la cueva, este hombre no oculta nada, no tiene reductos secretos, es el conducto pasivo de un acontecer que, aunque lo hace sufrir, no lo mejora ni lo empeora, conservándolo idéntico a sí mismo.

Esta conservación es muy importante, puesto que el hombre no es un hombre cualquiera, sino un gran jefe y un héroe. Su arma es el arco. Los dioses le tienen reservado un alto destino: con sus flechas y su arco conquistará la ciudad enemiga largamente sitiada. Esto es lo que ha dicho un oráculo. Pero el hombre desconoce su futuro esplendoroso y vive miserablemente en una isla desierta. Fue abandonado en esa isla por orden de los jefes y los generales del ejército, pues los gritos producidos por la herida y la hediondez de la llaga impedían el cumplimiento cabal de los sacrificios y perturbaban el orden del campamento. Fue abandonado en la isla sin más instrumentos que su arco y sus flechas y ahora vive en una cueva con dos aberturas maldiciendo su destino y arrastrando su pierna y cazando aves con el arco para su sustento.

Este arco, que le fue cedido por un semidiós, da siempre en el blanco. Es paradójico que un arma tan potente esté en manos de un lisiado. Es como si la infalibilidad del arco intentara suplir la torpeza y la disminución del hombre. Esto hace que se establezca entre el hombre y el arco una relación más intensa de lo normal, como si el arco tuviera una mínima vida propia y el hombre fuera capaz, desde su profunda postración, de percibirla y secundarla. Dice en cierto momento, cuando cree que el arco le ha sido arrebatado:

¡Arco mío querido, arrancado violentamente de estas manos queridas!, ¿con qué dolor me estarás viendo, si algún sentido tienes, incapacitado ya para manejarte?

Y esta animación otorgada al arco se extiende a las otras cosas inanimadas que lo rodean:

¡Oh puertos! ¡Oh promontorios! ¡Oh compañía de fieras montaraces! ¡Oh rocas y despeñaderos! Vosotros, pues no veo a quién más se lo digo; vosotros, mis compañeros inseparables de siempre, escuchad..!

Estamos en la situación ejemplar del soliloquio: la soledad, un hombre de cara a la adversidad, un hombre que se topa con la adversidad hacia donde mire, un hombre quejoso que los demás abandonaron, un hombre disminuido que ha bajado la mirada y se fija en las mínimas palpitations de la naturaleza, dándoles una voz imaginaria; un hombre cuya falta de interlocutores lo ha simplificado y endurecido interiormente, ya que él mismo se pregunta y se contesta; un hombre, sobre todo, obligado a repetirse y a no cambiar jamás de punto de vista. De hecho su punto de vista es su herida, esa herida implacable y puntual que le roe la pierna y que no le deja alzar la mirada sino cuando apunta a las aves con su arco. Es como si este hombre estuviera obligado a mirar hacia abajo y hacia arriba, pero jamás hacia el frente, como si le faltara el término medio del cuerpo, que es como decir el término medio y real de la vida.

No necesita de un campo visual pródigo, desde luego, porque es un hombre de puntería, y dos ojos son muchos, así que cierra uno para estrechar la mira y concentrarse en un solo punto. Puede olvidar todo lo demás que le rodea; más aún, *debe* olvidarlo. No necesita girar sobre sí mismo, no necesita abarcar ningún conjunto, y tal como su vista se adelgaza, él se adelgaza también, es más, se postra, se arrodilla, deja ociosa una pierna como un bulto muerto y dobla la otra en ángulo recto para conseguir la mayor estabilidad de tiro. He ahí la postura clásica del arquero, el hombre que cierra un ojo, el arrodillado, el herido de una pierna.

Este hombre sin término medio, sin ecuanimidad, sin solvencia, es un desorientado. Apartado de los otros hombres en una

isla desierta no frecuentada por las rutas de los barcos, el dolor de la pierna lo hunde periódicamente en un vértigo que le hace perder toda noción espacial: señala hacia arriba, hacia abajo, hacia ningún lado, quiere sostenerse de pie, quiere tirarse al suelo, quiere curarse y un segundo después quiere morir. Parece un epiléptico. En realidad lo es, sólo que su epilepsia toma el cariz mitológico de una herida en la pierna, conservándose inalterado el cuadro clínico epileptoide, que los antiguos conocían muy bien: los ataques periódicos, las sacudidas violentas, el desvarío verbal, las evacuaciones involuntarias (en este caso, la erupción de sangre y pus por la pierna) y la pérdida del sentido. Los rasgos generales de los caracteres epileptoides, o ixotímicos, tal como han sido estudiados por la psicología del Rorschach, encajan bien con nuestro héroe del arco: la perseverancia (en el sentido de la testarudez, de la mira estrecha y minuciosa), la hipocondría, la no adaptabilidad, el carácter explosivo y, no menos importante, un parentesco sutil con el fuego, que juega un papel central en la historia de nuestro héroe.¹

No es extraño que, según la tradición, sea él el primer hombre que se ve sometido a una intervención quirúrgica con anestesia, la intervención que lo aliviará precisamente de su incurable herida. Es que en realidad su herida y su condición lo tienen anestesiado desde siempre. Estamos frente a un hombre ontológicamente sonámbulo. La herida en la pierna le fue causada por la mordedura de una víbora como castigo por haber divulgado el lugar de la tumba de aquel famoso héroe que le heredó su arco mágico, lugar que había prometido mantener secreto, y es curioso ver de qué manera, según la leyenda, divulgó el secreto: no por medio de la palabra, pues había jurado no pronunciar palabra sobre el asunto, sino golpeando el lugar con el pie, como lo haría un animal, o un salvaje, o un sonámbulo.

Esta falta de responsabilidad, ¿no la encontramos en la misma

¹ "Las expresiones 'ixotímico' e 'ixotimia' proceden de la palabra griega ἰξώδης (ixoides), que significa tenaz, viscoso como la liga". Bohm, E., *Manual del psicodiagnóstico de Rorschach*, Madrid, Morata, 1977.

cueva, que no tiene fondo, que está a media altura, que permite que los vientos la atraviesen de cabo a rabo? ¿No es una cueva epiléptica, en el sentido de que es vulnerable a las ráfagas climáticas, y también quejosa, atravesada como está por el continuo monólogo del viento? Estamos de hecho frente a una cueva plenamente hurgable, sin "carácter", y esto tiene un sentido preciso, pues el hombre que vive en ella está destinado a cumplir en un futuro más o menos próximo una hazaña superior. No puede vivir en una cueva como una bestia sino como el rey que es. La circulación de los vientos lo mantiene en un estado de refrigeración, impide que ese hombre se pudra; los vientos lo "coronan" continuamente, el aire fresco imita la veneración de los súbditos. Este hombre, como rey, no se hunde en la tierra, los vientos lo sostienen en alto; vive incubado, en estado de espera, en estado purgativo.² Saldrá de la cueva y de la isla para sanar de la herida y, una vez curado, destruirá la ciudad enemiga. Pero su destino apunta aún más alto: se convertirá en un dios al igual que el héroe de quien heredó su mágico arco. Gozará de la inmortalidad luego de tantos años de sufrimiento en la isla deshabitada.

De miserable cojo a ser divino: ése es el destino de Filoctetes, el héroe de la cueva de dos entradas, según nos lo presenta Sófocles en su tragedia. Recordemos que Edipo, otro héroe de Sófocles, tiene un destino semejante: es un cojo divino. Después de tocar el fondo más abyecto de la condición humana, se transmutará en un ser sagrado. Ambos, Filoctetes y Edipo, a lo largo de sus vidas, vivirán en una suspensión equívoca antes de alcanzar la condición que los dioses les tienen reservada, que es la inmortalidad. Esta suspensión, pues, tiene su sentido; en ella, el hombre, entendido como una mezcla de animalidad y razón, de ce-

² Uno de los doce trabajos de Heracles, la matanza del león de Nemea, confirma el sentido de la invulnerabilidad que supone vivir en una cueva de doble entrada. Este león "tenía por guarida una caverna con dos accesos y era invulnerable. Heracles empezó por dispararle sus flechas, pero sin resultado; entonces, amenazándolo con la maza, lo obligó a entrar en la cueva y obtuvo una de las dos entradas. Cogiéndolo luego entre sus brazos, lo ahogó." (Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, cf. "Heracles").

guera y soplo divino, se vacía de su hediondez para quedar limpio. El pus que brota continuamente de Filoctetes equivale al parricidio y el incesto de Edipo.³

Como hemos dicho, la larga agonía de Filoctetes en la isla deshabitada conlleva la amarga ironía de que un arco divino, destinado a grandes hazañas, esté en manos de un lisiado que se sirve de él para abatir las pocas aves con que se alimenta. Pero este desperdicio no es casual, es como el tributo que se paga para introducir el arco en la esfera terrenal, de manera que pueda ser usado en el futuro por simples mortales. El arco se "laiciza" gradualmente en manos de Filoctetes, pierde su exclusividad divina y se convierte en un arma capaz de intervenir en la guerra entre griegos y troyanos. Porque todas las herramientas, todos los cultivos, todos los inventos, son en mayor o menor medida un don de los dioses y sólo con el uso los hombres los hacen suyos, o sea con tiempo y dolor. No puede haber herramientas sin uso ni tradición, sin errores ni impurezas de por medio, y esto significa que no puede darse un traspaso directo de ninguna cosa entre los dioses y los hombres; significa que debe existir una zona intermedia en donde las cosas dejen de ser divinas para volverse humanas, cosas de aquí abajo, de la misma manera como debe haber un largo paréntesis purgativo en toda transmutación de un ser humano en un dios inmortal, como es el caso de Heracles y del propio Filoctetes.

Este espacio intermedio está representado por la isla deshabitada y el hombre cojo que vive en ella. ¿Qué mejor camino para "laicizar" el arco que quedar en manos de un hombre disminu-

³ Esta semejanza entre los destinos de ambos héroes fue advertida por Edmund Wilson en su ensayo dedicado a Filoctetes, "La herida y el arco" (*La herida y el arco*, México, FCE): "Filoctetes, como el proscrito Edipo, ha sido empobrecido, humillado, abandonado por su gente, exasperado por la penuria y la desazón. Ha sido marcado: la herida de Filoctetes es un equivalente de los abominables pecados de Edipo, parricidio e incesto, que han convertido en paria al soberano. Y sin embargo, de algún modo ambos son personas sagradas que han adquirido poderes sobrehumanos y que están destinadas a expiar su culpa". (p. 293)

do? Para bajar verdaderamente de su sitial divino hasta las manos de los hombres, el arco debe alcanzar el último peldaño de la condición humana. Sólo el lodo es lo bastante fuerte como para borrar las huellas del barniz divino. Filoctetes representa con su herida hedionda y su cuerpo lisiado ese lodo momentáneo. El arco se halla en estado de incubación en la isla de Lemnos, como si estuviera madurando lentamente como un fruto; a través del prolongado contacto con un hombre enfermo, que sin embargo es también un rey, el arco se impregna lentamente de humanidad; no es que pierda sus atributos divinos de infalibilidad, sino que su aura divina se encuentra, por decirlo así, protegida del choque brutal con lo humano por esa capa de inmunidad que le ha dado el prolongado comercio con un hombre en derrota.

¿No es precisamente un *rey destronado* la figura que sintetiza todos los matices de la escala humana, de lo más alto a lo más bajo, de la gloria a la humillación, y por consiguiente la más apta para aclimatar a lo humano aquello que no lo es?

Si el arco era inicialmente propiedad de un semidios, o sea de un hombre que se hizo dios (Heracles), debe pertenecer ahora a un semihombre (Filoctetes). El semihombre, el hombre lisiado, el hombre enfermo, abandonado a su suerte, está más cerca de lo sagrado que el común de los mortales. Sólo él es capaz de adaptar el instrumento divino al seno de la comunidad de los hombres sin que pierda sus atributos sagrados, pues el hecho de que ocupe el peldaño más bajo de la sociedad humana no lo hace más lejano sino más próximo a la divinidad. Habiendo tocado el fondo, se encuentra más adelantado que los demás en el camino de una radical elevación, está a medio camino entre los hombres y los dioses. Así, representa para éstos el antídoto contra el veneno representado por la humanidad llana. Por eso, desde siempre, la comunicación entre ambas esferas suele pasar por el anillo de un hombre que guarda un lugar periférico en la comunidad, llámese adivino, oráculo o brujo. El hombre enfermo tiene la capacidad de reducir el voltaje de lo divino para adecuarlo al cauce humano sin desdibujarlo, preservándolo de la profanación de los demás

hombres. Esta preservación es evidente en el caso de Filoctetes. Nadie más que él ha tocado el arco de Heracles y nadie más que él puede tocarlo. El hombre enfermo es un filtro. En realidad la historia de Filoctetes no hace más que exponer con suma lentitud y detalle los pasos que deben darse para que los dioses puedan tener ingerencia en los asuntos terrenales. Esta ingerencia, si atendemos al sentido profundo de la historia, lejos de ser un acto violento y unilateral, es una negociación laboriosa en que ambas partes se cuidan de no contaminarse mutuamente. La función de Filoctetes, en su condición de lisiado, es la de proveer, con su cuerpo opaco y semimuerto, un terreno neutro que posibilite el enlace entre las dos esferas.

Es gracias a Filoctetes, quien acepta prender la pira para inmolara a Heracles, que éste puede desintegrarse materialmente y alcanzar el estado divino. Si nos preguntamos por qué sólo Filoctetes acepta prender la hoguera, o sea de qué tienen miedo los demás, sólo se nos ocurre contestar que tienen miedo de quemarse. La herida de Filoctetes (y lo que la causa, el largo destierro en la isla) es la consecuencia de haberse prestado a ser el agente de la combustión de Heracles. Si no hubiera prendido la hoguera no habría sido alcanzado por ese fuego. Es como si Filoctetes representara con su destino de lisiado la parte humana de Heracles que se disuelve en la hoguera para liberar y perpetuar la parte divina. En estricta justicia, por haber cedido su cuerpo para la glorificación de Heracles, su destino es emularlo y convertirse en otro ser divino e inmortal. Dicho de otro modo: siendo tocado por el fuego de Heracles, también es alcanzado por la parte divina del semidiós, y el arco mágico que tiene en su poder es como la garantía o la contraseña de esa porción divina que le corresponde por su sacrificio. Todo lo cual, me parece, nos da el derecho de concluir que, en un sentido, Filoctetes y Heracles son el mismo ser. Al final de la obra aparece Heracles en persona⁴ y, para conven-

⁴ En realidad, como lo ha demostrado Ignacio Errandonea en su edición de *Sófocles y su teatro*, no es Heracles quien aparece sino Ulises haciéndose

cer a Filoctetes de que zarpe rumbo a Troya junto con Ulises y Neoptolemo, que vinieron a rescatarlo, le dice: "¡Es preciso que mi arco se adueñe por *segunda vez* de Troya!" Heracles, en efecto, ya había conquistado Troya como uno de los doce trabajos a los que se vio sometido. Ahora va a conquistarla por segunda vez a través de Filoctetes. Filoctetes, pues, es el *alter ego* de Heracles, es el regreso de Heracles, pero un Heracles de menor potencia, más concentrado, un Heracles apenas suficiente para derribar la ciudad sitiada. Hay por parte de los griegos como una cautela, una dosificación prudente de la fuerza del dios en lugar de un desbocado llamado a todo su poder. Filoctetes encarna con su persona esta dosificación, es un Heracles disminuido o depurado. Los diez años que transcurre en soledad en Lemnos son en realidad el tiempo que toma para templarse, afinarse y aguzarse, para que el "gran fuego" de Heracles que lo embarga se reduzca a algo más preciso y eficaz: a una punta candente, letal, irresistible, que habrá de doblegar a Troya.

Filoctetes se va "apagando" en Lemnos, y para eso lo dejan ahí los griegos, para que se temple y sea manejable. La cueva de doble entrada, que garantiza la circulación del aire, es la fragua en que ese metal bruto habrá de perfeccionarse y tomar forma. Filoctetes es el arma secreta de los griegos, y no se le abandona sin ton ni son, sino en vista de su empleo futuro. Sabemos que, de acuerdo con una tradición, los griegos "habían dejado a Filoctetes en la isla para que *tuviese tiempo de curar su herida*, pues existía en Lemnos un culto a Hefesto (dios del fuego) cuyos sacerdotes tenían fama de cuidar las heridas debidas a las serpientes".⁵ Pero, ¿no es más justo decir que lo dejan ahí para que ma-

pasar por aquél. Todas las citas pertenecen a esta edición (Madrid: Editorial Escelicer, 1942).

⁵ Grimal, op. cit., p. 201. (subrayado mío) Recordemos que la herida en la pierna le fue causada por la mordedura de una víbora que vigilaba el santuario de la diosa Crises, en la isla del mismo nombre, que Filoctetes violó (el recinto, no la diosa) cuando el ejército griego hizo un alto en la isla en su viaje rumbo a Troya.

dure cerca de la acción del fuego, para que se vuelva punta bajo el influjo de Hefesto? Los enredos y astucias de que echan mano Neoptolemo y sobre todo Ulises para doblegar su voluntad y vencerlo de que olvide las viejas afrentas y regrese al seno del ejército griego, ¿no son sencillamente la transposición, en términos dramáticos y humanos, de los peligrosos movimientos con que se manipula un trozo de materia incandescente?

Esta ingobernabilidad de Filoctetes, que psicológicamente toma la forma de una testarudez y de un orgullo extremos, es el rasgo esencial de su persona. Se le abandona en Lemnos por culpa de sus gritos y de la hediondez de su herida. Gritos y hediondez representan una vuelta al estado animal, o al menos a un estado previo al lenguaje y a la sociedad; Filoctetes es irreductible y no hay lugar para él en medio de los otros.

Abandonado en Lemnos, Filoctetes pierde, entre otras cosas, al igual que Polifemo y los cíclopes (isleños como él, apartados de las rutas y el comercio humanos), la costumbre del pan y del vino. Su dieta se reduce a carne y agua, una dieta "bárbara", de recolector. El vino y el pan, alimentos fermentados, establecen una diferencia básica entre la dieta humana y la dieta animal. Espiritualizan el alimento haciendo de él un uso no sólo biológico sino social. Atenúan la naturaleza carnívora e individual, sacan al sujeto de su ardor y lo ponen en contacto con los otros.

No es extraño que el estilo de hablar de Filoctetes sea predominantemente interjectivo y exclamativo, una suerte de crepitación, y que esto se traduzca en su actitud pertinaz e inmovible frente a los sensatos argumentos de Neoptolemo, quien lo invita reiteradamente a deponer sus viejos rencores en beneficio de todos los griegos. Filoctetes se ha hecho prácticamente impermeable al diálogo después de diez años de rumiar su odio contra los jefes del ejército (sobre todo Agamemnon y Ulises) que lo abandonaron en la isla. Le ha faltado durante todo ese tiempo, junto con la modulación del pan y del vino, la flexibilidad, la conversación y la presencia ajena que el pan y el vino suponen de suyo. Ha olvidado la experiencia del rodeo, del relleno y de lo sobran-

te; ha perdido la costumbre de la redundancia. Se ha hecho realmente afilado. ¿O hay algo menos redundante, o sea más urgente e incontrovertible, que los gritos y las quejas de un hombre herido?

Si volvemos a esa tradición según la cual Filoctetes, acosado por quienes querían saber dónde se encontraba el lugar en que se había inmolado Heracles, subió a la cima del monte Eta y golpeó con un pie el sitio donde se había levantado la hoguera del semi-dios, revelando lo que había prometido mantener oculto, vemos que también este gesto, patético a su manera, por el cual fue castigado con una horrible herida en la pierna, pertenece más al grito, o a la exclamación, que al lenguaje. Es el gesto de alguien que, haciéndose pasar por mudo, mudo como un animal, pretende, en el momento en que falta a su palabra, pasar por inocente como las bestias. En realidad, lo que hace Filoctetes es seguir literalmente las órdenes de Heracles, quien le había pedido no pronunciar palabra sobre el emplazamiento de la pira. Se esconde tras la literalidad de la expresión, divulgando el lugar no verbalmente, como un hombre, sino con el pie, como un animal, y los dioses lo castigarán condenándolo a vivir como una bestia durante su estancia en Lemnos, pero especialmente a tomar todo literalmente, a depender de las apariencias de las cosas; lo condenan, como quien dice, a no distraerse nunca, por eso le infligen una herida que jamás se cierra. El ardor continuo de esa herida simboliza la incapacidad de Filoctetes de desprenderse de la dura superficie del mundo, su incapacidad de descansar de los datos visibles y de hallar las semejanzas y armonías profundas que ponen un alto al vértigo de la multiplicidad que nos rodea. Esa herida, como hemos sugerido, se vuelve su verdadero ojo, su auténtica visión sobre las cosas, un ojo polifémico y salvaje. Del mismo modo, el ojo de Polifemo, aun antes de ser perforado por Ulises, representa la evidencia de una lesión, o al menos de una insuficiencia. Y así como la herida de Filoctetes alcanza el estatuto de una mirada, de un punto de vista absorbente y exclusivo, el ojo

de Polifemo puede verse como una herida antropológica y existencial.⁶

Uno de los frutos de la mirada bifocal es la introspección, el insensible retraimiento de la mirada hacia el yo, algo que le es negado al ojo único, que por no conocer gradaciones de profundidad está siempre anclado a lo que ve, no tiene salidas laterales ni márgenes de reposo. Es un ojo condenado a no dejar de ver, un ojo en perpetua fijación, para el cual no existen verdaderas jerarquías, para el cual todo es significativo en el mismo grado. De ahí la manía de Filoctetes de instaurar un diálogo con los animales y los seres inanimados de la isla, tratando la naturaleza como un ente susceptible y parlante. Como los cíclopes, ha pedido la facultad de extrañamiento, que le impide oponer al medio exterior una mínima interioridad propia y establecer una diferencia de grado, o sea una incompatibilidad, entre él y la naturaleza. Es incapaz, como la cueva en donde vive, de construirse un clima propio, un rostro propio.⁷ En este sentido, la cueva, con su falta de fondo y de privacidad, es una prolongación de Filoctetes, e ilustra, por decirlo así, ese ardor continuo que lo embarga, su extrema "inflamabilidad", que lo lleva a emparejarse al flujo de lo natural y a humanizar el paisaje como un niño (o, en otro sentido, como un poeta). Porque la literalidad es eso, una extrema inflamabilidad, ¿o hay algo más literal que el fuego, algo que reacciona más inmediatamente a la pura epidermis de todo? Vivir literalmente es vivir fogosamente, pero en la fogosidad de la ficción.⁸

⁶ Hay una sutil relación entre ambos casos en un pasaje de la *Eneida* (libro III) en donde aparece Polifemo, ciego ya, lavando en el mar la sangre que sigue manando de su ojo reventado, con lo cual se deja ver que su herida, como la de Filoctetes, tampoco cicatriza, porque es una marca más espiritual que física.

⁷ El rostro, junto con la introspección, es el otro "invento" de la mirada bifocal. Sin la distancia en medio de los dos ojos no puede surgir una verdadera cara. Todos los cíclopes probablemente eran idénticos, y tal vez a eso se deba que, aun teniendo lazos de solidaridad, no conseguían o no necesitaban formar una sociedad basada en leyes, ritos y costumbres.

⁸ Hemos traído tantas veces a colación el fuego que no está de más detenernos un poco en el asunto. Recuérdese que según la mitología los cíclopes

Frente a los dioses, en el momento de señalar como un animal el lugar de la pira de Heracles, Filoctetes no sólo disimula su acción delatoria sino que tampoco acepta la responsabilidad de heredar el famoso arco. Actúa como un ser inconsciente o fuera de sí; convierte una herencia en una usurpación, pues nadie confiaría su objeto predilecto a un desvariado. Por pasarse de astuto, por delatar sin abrir la boca, sin hacer ruido, Filoctetes se vuelve el ladrón del arco, o sea transforma la herencia del arco en algo distinto, en un botín.⁹ Por eso, de ahí en adelante, se siente con el derecho de exigir que nadie toque el arma. Suprimiendo la heren-

son ayudantes de Hefesto, el dios herrero cuya fragua se encuentra en el interior del volcán Etna, y que la isla de Lemnos estaba consagrada a Hefesto por suponerse que fue ahí adonde cayó el dios cuando fue arrojado del Olimpo por Zeus. De allí que algunos hayan querido ver en Filoctetes, solitario habitante de la isla, una figuración o encarnación del dios del fuego. Uno de éstos es F. Marx (*Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum*, 1904), quien argumenta que Filoctetes es cojo como Hefesto, y como éste hace vida de proscrito durante nueve años, como él, también es abandonado en tiempos de necesidad. Su relación con la caída de Troya indica que el propio dios del fuego puso fuego a la ciudad; del mismo modo, únicamente el dios del fuego se consideraba digno de encender la hoguera de Heracles. En una parte de la obra, el Coro compara el destino desgraciado de Filoctetes con el de Ixión, rey tesalio que según la tradición trató de violar a Hera y por ello fue encadenado por Zeus a una rueda de fuego que giraba eternamente en los espacios siderales. Ixión (Ἰξίων) se relaciona con la etimología de ἰξώδης, que da las palabras "ixotímico" e "ixotimia" (ver supra, nota 1). Justamente, Bohm (op. cit.) ha hecho notar que en muchas familias de ixotímicos aparecen profesiones relacionadas con el fuego.

⁹ El nombre "Filoctetes", en griego Φιλοκτῆτης, se compone de un primer elemento que es φιλο-, que a su vez viene de φίλος (cfr. A. Fick, *Die Griechischen Personennamen*, Göttingen, Vandenhoeck, Ruprecht, 1894, pp. 371, 413), y de un segundo elemento que es κτη-(κτα-), más el sufijo agente -της (cfr. H. Frisk, *Griechisches Etymologisches Wörterbuch*, Carl Winter Universitätsverlag, Heidelberg, 1970, s.v. κτάομαι, p. 413); siendo pues el nombre Filoctetes un compuesto de rección verbal en donde el elemento verbal es, precisamente, κτήτης, "el que adquiere", y teniendo en cuenta el primer elemento, que funcionaría como objeto del verbo o como modificador adverbial, habría que pensar en el significado de "el que adquiere con gusto o gustosamente" o, en otro sentido, "el apegado a la propiedad", ya que Filoctetes nunca se separa del arco (cfr. Károly Kerényi, *Gli dei e gli Eroi della Grecia*, Milán, Garzanti, 1976, t. ii, p. 353), y quizá, por extensión, "el que sustrae" o "el que roba". (Debo estos señalamientos a Pedro Tapia Zúñiga)

cia, suprime a sus semejantes. Dicho de otro modo, está olvidando que una herramienta divina (¿y qué herramienta no lo es en sus más remotos orígenes?) no puede entregarse en exclusividad a ningún hombre, sino a un hombre que la conserve en nombre y beneficio de otros, para lo cual no puede tomarse como un botón personal sino como un bien que se recibe en custodia. Es más, todo instrumento, divino o no, elaborado con las propias manos o por manos ajenas, es de suyo algo social y como tal es un recordatorio de la insuficiencia individual y de que uno se debe siempre a los demás. Filoctetes, que se apodera del arco no en forma de herencia sino como un ladrón, terminará por olvidar que es miembro de una comunidad y de una etnia. En su diálogo inicial con Neoptolemo, le pregunta al hijo de Aquiles sobre la muerte de sus amigos personales y enemigos que se encuentran en Troya, pero ni siquiera se le ocurre enterarse, como lo ha notado agudamente Martha Nussbaum, sobre el estado del conflicto entre griegos y troyanos.¹⁰ La idea de pueblo o nación no lo roza siquiera. Su literalidad lo ha vuelto inhábil para cualquier concepto abstracto. Toma a los griegos realmente al pie de la letra: uno por uno, individualmente, y conforme Neoptolemo le trae a la memoria sus nombres y sus rostros, los va colocando en las columnas de sus preferencias personales, pero no los considera como conjunto, no les atribuye un carácter y un destino comunes. Pareciera que desde que golpeó el suelo con el pie, devaluando con ello el lenguaje a un mero acto de señalación, está condenado a referirse sólo a lo que le atañe inmediata y carnalmente. Es indudable que existe una estrecha correspondencia entre su dieta carente de alimentos fermentados y su lenguaje (mejor sería decir

¹⁰ Cfr. "Consequences and Character in Sophocles' Philoctetes", en *Philosophy and Literature*, 1, otoño de 1976. Nussbaum nos recuerda también que el sentido de la justicia de Filoctetes está calcado sobre el esquema de esa cruda e inmediata reciprocidad que observa en la vida de los animales y de las fieras que pueblan la isla. Con este patrón juzga, amargado, las acciones de los hombres. En él, la animalización de la ética humana embona sintomáticamente con la humanización de la vida animal e incluso inanimada de la isla.

su conciencia) que carece de transformaciones internas, de dualidades y de maduraciones. Frente al noble y sensato Neoptolemo, que trata de convencerlo de deponer su orgullo mostrándole otros ángulos de su situación, Filoctetes se aferra a su punto de vista. Sigue razonando "con el pie", golpeando testarudamente el suelo. Y parece un niño fatuo cuando le hace saber a Neoptolemo que es el primer hombre al que le ha permitido empuñar el famoso arco. Tal vez la verdadera razón por la que sus compañeros de armas lo abandonaron en Lemnos, más que sus gritos y la hediondez de su herida, son sus berrinches de niño caprichoso. El Coro, para describir sus sufrimientos en la isla deshabitada, dice que "iba y venía por esta isla como un niño que aún no sabe andar y ha sido dejado por su nodriza". En cierto modo, el golpe dado con el pie no sólo anuncia la futura herida en la pierna sino también la hosquedad y el salvajismo futuros, la estrechez de mira, la testarudez y la jactancia. Se hace más evidente el parecido entre Filoctetes y Polifemo, incluso en el lenguaje. Los afásicos que padecen el llamado "trastorno de la semejanza", nos dice Jakobson, sienten tal rechazo por la redundancia que no pueden nombrar un objeto que estén señalando, porque lo consideran una repetición inútil.¹¹ En ellos, el señalamiento y la palabra se excluyen. Filoctetes opera la misma exclusión cuando responde con el pie; con ello reduce su lenguaje a lo estricto necesario. Teme ser redundante, o sea vistoso. Puesto que quiere asumir lo menos posible el peso y la responsabilidad de su respuesta, contesta con el cuerpo y no con la voz. Quiere pasar inadvertido.¹²

Nada nos delata y nos encara a los otros como las palabras. "Temo las palabras" le dice Filoctetes a Neoptolemo, y lo mismo

¹¹ R. Jakobson, "Dos problemas del lenguaje y dos tipos de afasia", 1973, p. 118.

¹² Esta escuetez o aridez comunicativa caracteriza igualmente a los afásicos por trastorno de la semejanza. "Sólo el armazón, los eslabones de la comunicación se conservan cuando este tipo de afasia ha alcanzado su etapa crítica. [Estos afásicos] se encuentran incapaces de articular una frase que no responda ni a una réplica de su interlocutor ni a la situación que se les presenta [...] Hablan por pura reacción. (Jakobson, op. cit., pp. 114, 116)

pudo haber dicho Polifemo, quien por un juego de palabras pierde su enfrentamiento con Ulises. El propio Ulises, al principio de la obra, le recuerda a Neoptolemo que ha aprendido por propia experiencia que no son las manos sino la lengua lo que todo lo puede entre los hombres. Con las palabras empiezan los engaños y la confusión, porque empieza la redundancia, la conciencia de lo semejante, la evidencia de que las cosas no son nunca absolutamente lo que son sino siempre otras dependiendo de las circunstancias. ¿Qué es la redundancia si no el esfuerzo nunca acabado de adecuación de lo dicho con lo vivido, una especie de tornillo de enfoque que sería del todo superfluo en una visión basada en un ojo único y perpetuamente ajustado? Quien redundante quiere precisar, pero al precisar introduce nuevas capas y detritos que en lugar de cerrar un camino abren otros nuevos. Por eso los cíclopes, como los afásicos, intuyen que con la redundancia empieza el peligro y la dualidad (ellos que por tener un solo ojo se saben instintivamente en desventaja frente a todo lo que es dual y semejante), y así, aunque hablan, se cuidan de aceptar sólo un uso de cada palabra o expresión. Quisieran tener un lenguaje tan unívoco y seguro como es un lenguaje de gestos.¹³ Tal vez su rechazo a la ambigüedad y al uso metafórico del lenguaje (es decir, a la posibilidad de que una expresión pueda apuntar a dos o más contenidos o de que el mismo contenido pueda traducirse a dos o más expresiones) tenga que ver con su canibalismo, como si el canibalismo sintetizara el uso de la lengua y su visión del mundo, al realizarse en él la supresión más cabal de toda ambigüedad y semejanza. Porque comerse al otro es la forma más radical de tenerlo bajo control, completamente enfrente de uno y sin doble-

¹³ En un pasaje del *Cíclope* de Eurípides queda en evidencia el padecimiento de "literalidad" de Polifemo, que no entiende una metáfora usada por Ulises (que emplea la expresión "dios Baco" para designar el vino) y pregunta torpemente: "Pero, ¿cómo le hace para meterse en un odre?" Es la misma torpeza observada por Goldstein en los afásicos por semejanza, quienes "asimilan las palabras en su sentido literal, pero no se les puede hacer comprender el carácter metafórico de las mismas". (cit. por Jakobson, op. cit., p. 123).

ces; es objetivarlo y escudriñarlo como nunca. Polifemo, que por tener un solo ojo se halla imposibilitado de resguardarse la espalda (tendría por ello que girar la cabeza 180 grados, o, dicho de otro modo, le falta ese segundo ojo que en algún momento se desprendió del primero para ir a cubrir la zona de la nuca y que, si bien se quedó corto en el camino, posibilitó un ensanchamiento del campo visual que redundó en un mayor dominio de la zona posterior), parece no tener más remedio que comerse a sus huéspedes para evitar que lo tomen por sorpresa, por detrás. Su punto flaco es la espalda, el dorso, como se ve por la prontitud con la que, de vuelta de sus labores pastoriles, cierra su cueva con una enorme piedra, con lo cual no quiere protegerla de eventuales robos, ya que durante el día la deja abierta, sino resguardarse de una abertura que en determinado momento puede escapar a su control. Porque para aquel que tiene un solo ojo, una abertura de su habitat queda siempre "a su espalda", a menos que la tenga a la vista todo el tiempo. Así, el que Adorno y Horkheimer hayan puesto en un plano de correspondencia su ojo y su boca no sólo significa que el cíclope ve para comer, sino que come para ver, que su verdadera forma de ver es a través de la boca, tragando.

Su lenguaje es frontal y unívoco como su vista; tal como no se le ocurre palpar el vientre de los carneros, sino sólo su lomo, con lo cual le permite a Ulises y a sus compañeros escabullirse de su cueva agarrándose de la barriga de las bestias, tampoco sabe percibir los dobles sentidos y los trasfondos del idioma. Su deficiencia existencial consiste en contentarse con el "lomo" de las cosas, con los datos más vistosos y recurrentes, y en eso se delata su naturaleza bucólica, pues para la ensoñación bucólica la realidad ideal es una realidad *literal*, sin trasfondos, toda exterior y visible, sin fugas ni ambigüedades ni correspondencias secretas, una realidad en blanco, excelente para un arquero y para cualquiera que ejerza la puntería. Filoctetes, a fuerza de ejercerla, a fuerza de usar un solo ojo, de estrechar su mirada, se ha "polifemizado" gradualmente, se ha bucolizado. Un bucólico al revés, no idílico, un pastor de penalidades, pero pastor al fin:

CORO: ...dentro anda, que no fuera, y no deleitándose al son de la zampoña, como zagal en la dehesa, sino lanzando prolongados lamentos por cojear...

Cuando decimos que su larga estancia en Lemnos lo ha vuelto una punta letal que habrá de doblar a Troya, lo decimos también en el sentido de que ese hombre se ha vuelto sordo e impenetrable, una armadura de resentimiento. Toda la problemática de la pieza consiste en cómo llevarse esa punta a casa sin cortarse. Lo cual ilustra otra cosa: no puede haber una transmisión llana y apacible de bienes y de objetos entre los dioses y los hombres; por más que se tomen todas las precauciones del caso, siempre se necesitará un salto, un ardid por parte de los hombres para agenciarse definitivamente lo que era propiedad de un dios. Ese ardid, si atendemos la historia de Filoctetes, es el ardid más antiguo de todos: hacerse el muerto, asimilarse a lo inerte, aparentar que se claudica. No es otra cosa lo que hace Filoctetes, aunque no lo sepa, a lo largo de los diez años que pasa en la isla. Y es el ardid con que Ulises engaña al propio Filoctetes y consigue lo que ya parecía imposible: llevarlo a Troya (no olvidemos que el oráculo ha sido claro respecto: no sólo el arco y las flechas, sino el propio Filoctetes deberá intervenir en la contienda para que los griegos triunfen). Ignacio Errandonea, al revalorizar la función de la escenografía en el teatro griego y especialmente en el de Sófocles, ha ilustrado así la estratagema de Ulises: cuando éste se ve acorralado por Filoctetes, que lo amenaza con el arco en la boca de la cueva, finge huir cobardemente, pero no hacia cualquier lado, sino atravesando la cueva para salir por la otra parte. En el momento oportuno, sin ser visto, deja oír su voz tronante desde lo alto del peñón que se eleva sobre la gruta y le ordena a Filoctetes, haciéndose pasar por Heracles, que ceda a los ruegos de Neoptolemo y zarpe rumbo a Troya, pues así lo han dispuesto los dioses. Filoctetes cae en el engaño y obedece, lo cual no nos sorprende: su maniqueísmo sólo le hace concebir una cara para cada voz y una voz para cada cara; igual que Polifemo, quien no cae en la cuenta de que "Nadie" es un término ambiguo que tiene dos

caras o dos sentidos, él no concibe un doblaje de voz o una voz doble. Tanto en su enfrentamiento con Polifemo como con Filoctetes, Ulises triunfa porque recurre a los trasfondos, al reverso de las cosas (el vientre velludo de los carneros, la entrada trasera de la cueva). Sabe que a los hombres como Polifemo y Filoctetes, monoculares, frontales y convergentes, se les derrota mediante la divergencia, el rodeo por detrás y el recurso de la profundidad.

Filoctetes mismo, aunque no lo sepa, representa el rodeo con que los griegos les arrebatan a los dioses un arma extraordinaria. Bajo esta luz es posible comprender cabalmente su figura y también su heroísmo. Su grandeza comienza desde que delata con el pie el lugar de la pira de Heracles en el monte Eta. Es claro que lo hace en provecho propio, pero al hacerlo desencadena el proceso que culminará con la caída de Troya.

En el monte Eta, Filoctetes opera una ruptura entre él y Heracles. Mantener secreto el lugar de la pira hubiera significado en cierto modo negar la muerte del dios y tal vez aceptar que él era el nuevo Heracles, o que Heracles había reencarnado en él, lo cual lo hubiera convertido de hecho en un dios, o en un sacerdote del dios. En ambos casos el arco no hubiera podido pasar a manos de los griegos, o sea de los hombres. Pero la cosa tampoco habría funcionado si Filoctetes hubiera delatado verbalmente con toda alevosía y ventaja el lugar de la pira, pues en ese momento el arco, en poder de un profanador, se habría vaciado de sus atributos divinos. En resumen, tampoco habría servido para derrotar a los troyanos. El heroísmo de Filoctetes está en haber elegido un camino intermedio que, como pronto se ve, resulta ser el más doloroso para él, pues le depara el largo destierro en la isla desierta. Golpeando con el pie el lugar de la pira, Filoctetes se comporta no como un hombre sino como un medio hombre, o como un niño, o como un animal, y con ello se convierte en el único terreno neutro que posibilita el enlace de la esfera humana y la divina.

La función de Filoctetes es volver heredable el arma del dios y lograr que los griegos obtengan esa arma para sus fines específi-

cos sin que pierda sus propiedades superiores. Para ello, no puede ocultar la pira de Heracles, o sea no puede ocultar su muerte, ya que la herencia de una cosa sólo es factible cuando la muerte del dueño de la cosa es asumida y probada por todos; y por otro lado, no puede comprometer con ese acto de traición la naturaleza divina del arco porque comprometería la posibilidad de que los griegos lo utilicen para vencer a los troyanos. La solución, como se ve, está en traicionar a medias, como una bestia, para recibir sólo en la propia animalidad el rigor del castigo divino y así librar de toda responsabilidad a los demás mortales, concretamente a los griegos. En efecto, Filoctetes no podrá ser castigado totalmente, puesto que fue su parte animal la que traicionó. ¿Cómo estar seguros de que el movimiento de su pie no fue involuntario, o inconsciente, o separado de su control? Si llevamos las cosas por ese camino se podría afirmar incluso que Filoctetes se hace morder a propósito por la serpiente de Crises para enseñar a los dioses su pierna supurante e indomeñable y demostrar así su virtual falta de control sobre esa parte de su cuerpo, o sea su inocencia en el episodio de la pira. Como sea, su herida es el canal sutil de comunicación entre los dioses y los hombres. Filoctetes debe vivir herido diez años como un animal para que en sus manos el arco pueda “enfriarse” hasta alcanzar la temperatura que permita a los griegos usarlo contra Troya. Él es el sacrificado, el que se quema las manos para que los otros alcancen el arma sin quemarse. Es auténticamente la punta, el punto fronterizo, el que soporta los duros embates externos en nombre de todos. Naturalmente se ha endurecido, ensordecido y afilado; para eso y no para otra cosa lo dejaron en la isla los griegos, que desde siempre saben que Filoctetes es el arma secreta, el único capaz de inclinar en favor de ellos la balanza de la guerra. La tragedia de Sófocles, así, puede verse como la historia de una afanosa destilación, en donde el cojo representa ese estado intermedio de enfriamiento sin el cual ninguna herramienta podrá pasar de manos divinas a manos humanas. Y aquí tal vez podemos hacer justicia a nuestro héroe y sustituir esa significación peyorativa que

nos creímos en derecho de derivar de la etimología de su nombre (Filoctetes = *el que adquiere*, por extensión, *el que roba*) por una significación más profunda y veraz: el que adquiere, sí, pero para transmitir lo adquirido, para entregarlo, aun con dolor y tribulaciones, a los otros. ¿No es éste, bien visto, el verdadero sentido de vivir en una cueva con dos aberturas?